



Muertos incómodos

(Falta lo que falta)

Novela a cuatro manos

**Subcomandante Marcos
Paco Ignacio Taibo II**



MUERTOS INCOMODOS

(falta lo que falta)

NOVELA A CUATRO MANOS

por

SUBCOMANDANTE MARCOS Y PACO IGNACIO TAIBO II

PRÓLOGO

Hace una semana Paco Taibo II recibió una carta del *subcomandante Marcos* en la que le proponía escribir una novela policiaca a “cuatro manos”, se fijaron las reglas, y este es el resultado. Una novela que se está escribiendo, diseñada como un juego de ping pong en el que cada autor y su personaje reaccionan a lo que el otro escribe, en una historia que promete meterse en las tripas del desastre nacional.

El libro, que hoy comienza a presentar *La Jornada* por entregas, será editado posteriormente en todo el ámbito del idioma español por Planeta, y en los próximos días se cerrarán convenios de edición en Italia, Francia, Estados Unidos, Grecia y Turquía.

CAPÍTULO I

“A VECES TOMA MÁS DE 500 AÑOS”

“Todo lo que tarde más de seis meses, o es un embarazo o no vale la pena”

A SÍ ME DIJO EL SUP. Yo me lo quedé mirando por ver si estaba bromeando o lo decía en serio. Y es que a veces al Sup como que se le cruzan los cables. O sea que a veces los bromea a los ciudadanos pero con nuestro modo, y a veces hace bromas con nosotros pero con el modo de los ciudadanos. Y entonces como que nomás no le atina. Aunque no se ve que mucho le importe. El se ríe.

Pero no, esa vez no era así. El Sup no bromeaba. Bastaba ver que tenía la mirada seria, fija en la pipa mientras le daba fuego con el encendedor. La miraba a la pipa como si esperara que ella, y no yo, le diera la razón.

El me había dicho que me iba a mandar a la ciudad, que tenía que hacer unos trabajos para la lucha, que primero iba a pasar un tiempo agarrando el modo de la ciudad y ya luego iba a hacer los trabajos. Fue entonces que yo le pregunté que cuánto tiempo iba a estar agarrando el modo ciudadano y él me contestó que seis meses, y yo le pregunté si abastaba con seis meses y el Sup dijo entonces lo que dijo.

El Sup me dijo eso después de tardar hablando con un tal Pepe Carvalho que había llegado a La Realidad, trayendo un mensaje de Don Manolo Vázquez Montalbán y pidiendo verlo al Sup. Bueno, eso me dijo el Max, que fue el que lo

recibió. Yo también que lo conocí a Don Manolo. Ya tiene días que vino a hacerle una entrevista al Sup. Trajo un montón de butifarras, o sea de carnes, en su mochila. Yo no conozco qué cosa es butifarras, pero cuando lo fui a alcanzar con el caballo, lo vi que tienen rodeado los perros al Don Manolo. Le pregunté si trae algo de carne en su mochila y él me dijo “traigo butifarras, pero son para el Subcomandante Insurgente Marcos”, así dijo. Ahí claro lo miré que lo respetaba mucho al Sup, porque así sólo le dicen los ciudadanos que mucho lo respetan y lo carían. Pero les decía que qué cosa es butifarras, porque yo le pregunté si traía carne y él respondió que traía butifarras,

A

así que las butifarras son unos modos de cómo hacen la carne en su país de Don Manolo.

A Don Manolo no le gusta que le digan "Manolo", sino "Manuel". Eso me lo dijo cuando íbamos camino a la comandancia. Tardamos en llegar. Primero porque Don Manolo no sabía de caballos y tardó un buen rato en subirse a la montura. Y aluego pues le tocó un caballo muy pajarrero y él digamos que no muy se le da lo de la jineteada y entonces el caballo agarra para el potrero en lugar de irse por el camino real. Como tardábamos en enderezar los caballos, lo platicamos con Don Manolo y creo que hasta nos hicimos amigos. Así fue como supe que no le gusta que le digan "Manolo", pero a mí me basta con que me digan que una cosa no, para que yo terco en que sí. No lo hago por malora, es que creo que así me hicieron, o sea que es mi modo, o sea que contreras. Así me dice el Sup, "Elías Contreras", pero no porque así me

llame. "Elías" es mi nombre de lucha y

"Contreras" pues así me puso el Sup porque dijo que yo también necesitaba un apellido de lucha, y que

como siempre llevaba la contra

en lo que fuera pues me quedaba bien el apellido "Contreras". Esto

pasó un buen tiempo antes de que yo fuera a Guadalupe, a

recoger un correo en los baños públicos La Mutualista y conociera al chino Fuang Chu. Y sí, también

mucho antes de que me encontrara

con el comisión de investigación que se llama Belascoarán, en el Monumento a la Revolución, allá en la Ciudad de México.

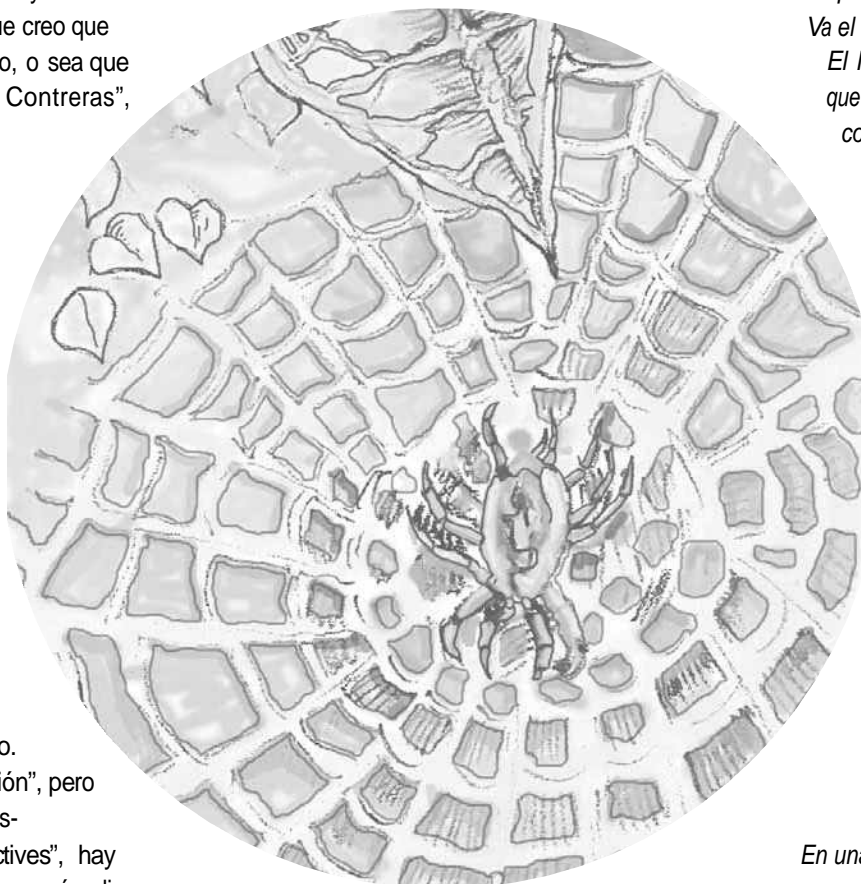
Yo le digo "comisión de investigación", pero

el Belascoarán dice "detective". En nues-

tras tierras zapatistas no hay "detectives", hay "comisiones de investigación". El Belascoarán dice que en la Ciudad de México no hay "comisiones de investigación", hay "detectives". Yo le digo que cada quien su modo. Pero les decía que todo esto fue más después de que el Sup me dijo eso de los seis meses. Y más después fue también que encontré a la Magdalena en la Ciudad de México. ¡Ah la Magdalena! Pero de eso les platico más luego... o a lo mejor ni les platico porque hay heridas que no sanan manque uno las platique. Al contrario, más sangran cuando se visten de palabras.

Pero mucho tiempo antes de que el Sup me

Infantería Zapatista, que comandaba el Sup Pedro, en la toma de Las Margaritas. Ahora tendría yo unos 61 años pero no los tengo porque ya estoy muerto ya. O sea que soy finado. Al Sup Marcos primero lo conocí en 1992, cuando se votó la guerra. Ya después lo volví a ver en 1994 y juntos nos cotorreamos cuando los federales nos atacaron en febrero de 1995. Yo andaba con él y con el Mayor Moisés cuando nos echaron encima los tanques de guerra, los helicópteros y las tropas especiales de los ejércitos. Estuvo un poco duro, sí, pero ya ven que no nos pepenaron. Nos pelamos, como quien dice. Aunque todavía tardamos días oyendo el "chaca-chaca" de los helicópteros.



Bueno, ya es mucha vuelta. Yo sólo quería presentarme. Yo me llamo Elías, Elías Contreras, y soy comisión de investigación. Pero antes no era comisión de investigación, era nomás base de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, aquí en Chiapas que está en nuestro país que se llama México. ¿Qué ónde mero queda eso? Bueno, pues ahí mírenlo en una mapa que está en la...

COMANDANCIA GENERAL DEL EZLN

Un tucán solitario saca lustre a su pico en lo alto del tronco de un bayalté. Abajo el Teniente Hilario revisa si los caballos no han acabado con la pequeña milpa y la insurgenta Martina termina de reparar los nombres de las capitales de los estados La guardia limpia su arma, sentada a la puerta de una champita. A un lado, y prendida de una varita, ondea una vieja bandera de tela negra, con una estrella de cinco puntas y las siglas EZLN. La estrella y las letras son de un rojo desteñido. En la puerta aparece el Sup. La guardia se cuadra.

—Llámalo al Teniente Coronel José —dice el Sup. José llega. El Sup le entrega unos papeles diciéndole:

—Acaba de llegar esto. Después de leer, el Teniente Coronel le regresa los papeles con una pregunta.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé —dice el Sup, y se quedan los dos pensando... Se va el tucán con un ruidoso aleteo y distrae la mirada de ambos. Después de un momento se miran y, al mismo tiempo, dicen, se dicen:

—Elías.

Ya parpadea la tarde cuando en la punta del cerro se dibuja la figura del Teniente a caballo. Recorre la orillada del pueblo, evitando lodo y miradas extrañas. Llega hasta donde Adolfo tiene su posta.

—¿Y el Mayor? —pregunta.

—Está en la reunión con las autoridades del municipio.

Va el Teniente.

El Mayor recibe y lee: "Localiza a Elías y dile que se dé su vuelta donde ya sabe para hablar con el viejo. Si puede mañana, está bien, si no pues cuando tenga chance. Es todo".

En el radio, el Mayor transmite: "Gama, Gama. Si copias dile al del ojo grande que compre su antejo mañana o cuando pueda".

En lo alto de un cerro, el operador recibe y a su vez transmite: "Tortolita, tortolita, si copias, hay un 40 para Elías, que dice Nube que vaya mañana".

En el pueblo, el encargado de la posta lo va a hablar al responsable: "Que lo busques a Elías y le digas que mañana vaya para La Realidad". Ya tiene rato que el sol se tapó con la ondulada cobija de los cerros, cuando aparece Elías en la puerta de su champa, cargando un bulto de calabazas con el mecapan.

En una mano lleva la chimba y en la otra...

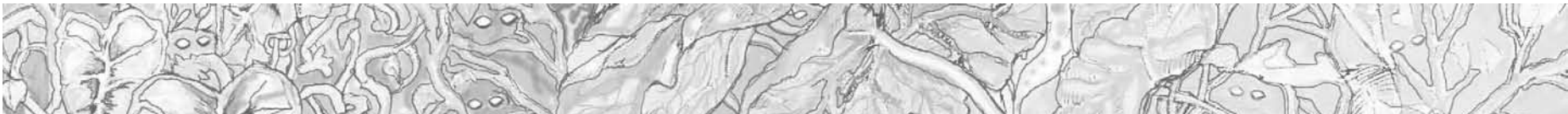
EL MACHETE

Sí, el Sup no mero me enseñó el papel pero sí me dijo que de qué se trataba el asunto. Era una desaparición. Que en el papel le avisaban que desapareció una compañera y que el Sup hiciera un comunicado acusándolo al mal gobierno. Que de por sí es su trabajo del Sup pero que la problema es que la gente de la ciudad o sea que los ciudadanos ya están hallados a que los zapatistas les hablamos con la verdad o que sea que no les mentiramos. Y entonces que la problema es que qué tal que el Sup hace el comunicado de denuncia y arresulta que la compañera no está desaparecida o que no fue el mal gobierno el que la perjudicó y entonces pues vamos a echar nuestra mentira y entonces pues nuestra palabra como que se hace débil y entonces aluego no nos van a creer. Y entonces que mi trabajo era que tenía que investigar si la compañera ésa estaba desaparecida de veras o lo que sea y entonces yo le avisaba al Sup qué mero pasó y él ya veía entonces qué hacemos.

Le pregunté al Sup que cuánto tiempo tengo y él me dijo que tres días nomás. Yo no le pregunté por qué tres días y no uno o diez o quince. El lo sabrá. Yo me fui a ensillar la mula y, esa misma tarde, enrumbé para Entre Cerros, que así se

dijera lo de los seis meses, yo ya había investigado algunas cosas que pasan en los municipios autónomos rebeldes zapatistas. Se dice "casos", no "cosas", me dijo aluego el Belascoarán que se la pasaba dándome carrilla porque según él yo hablaba muy otro y, siempre que le daba su gana, se la pasaba corrigiéndome el modo de hablar. Pero yo, en lugar de corregirme, pues más le daba. Contreras, pues. Uno de esos "casos" fue el que ahora le da título a este capítulo de esta novela que, ahí lo van a mirar, es muy otra.

Pero déjenme y les platico un poco de quien era yo. Sí, era. Porque ahora ya estoy finado. Yo fui miliciano cuando nos alzamos en 1994 y combatí con las tropas del Primer Regimiento de



llama el pueblo donde desapareció la compañera que se llama o se llamaba María, porque qué tal que ya estaba finada, y es o era esposa del responsable zapatista local de ese pueblo.

En llegando al pueblo lo hablé al compa responsable que su nombre es Genaro, y que es o era su esposo de la finada María. Bueno, no es finada... todavía. El Genaro me dijo que él cree que salió por leña y aluego pos ya no regresó. La buscó, sí. No la encontró, que si la hubiera encontrado pues no avisaba a la Comandancia. Que eso fue hace unas tres semanas. Que por qué no avisó luego. Que por qué pensó que aluego aparecía. Que si no sabía pá dónde había jalado. Que no. Que la buscara yo. Que tal vez la habían robado los ejércitos o los paramilitares o ya estaba finada. Que quién le iba a hacer su pozol y sus tortillas. Que quién le cuidaba a los hijos.

Yo me despedí. Como que lo vi más preocupado por quién le hacía la comida que por la suerte de la finada. O sea que no la acordaba bien, que sea con amor que dicen, sino que la acordaba para los trabajos. Entonces pos mejor me fui al arroyo, a donde lavan las mujeres y ahí la encontré a la comadre Eulogia.

Ella estaba con mi ahijado, el Heriberto, y taba lavando saber qué. Y entonces la hablé a mi comadre Eulogia porque ella es de por sí muy averiguadora. Y ella me dijo que, antes de desaparecerse, la finada María que no era finada todavía, había dejado de ir a las reuniones de la Cooperativa Mujeres por la Dignidad, mero cuando la iban a nombrar autoridad, y que ella, la Eulogia, la fue a ver a la supuesta finada para ver por qué ya no iba a las reuniones, y que ella, la María, le dijo "Acaso me mandan", y que no le dijo más porque ahí nomás llegó el Genaro y la María se quedó callada, moliendo el maíz. Le pregunté si tal vez se perdió en el monte la María, y entonces la Eulogia dijo:

—¡Qué se va a perder, si mero se conoce todas las trillas y todos los piques!

—Tons no se perdió —le digo.

—No —me dice.

—¿Y entonces? —le pregunto.

—Pos yo creo que fue el Sombrerón que se la llevó —me responde.

—No chingue comadre —le dije —usted tan grandota y todavía cree en los cuentos esos del sombrerón.

—Pos ya ve que aluego pasan cosas comadre, como lo de la mujer de Ruperto —insiste la Eulogia.

—¡Ah que comadre!, pero eso no fue el Sombrerón, fue el Miguel. ¿A poco no se acuerda que los encontraron debajo del fogón a los dos, bien desnudos? —le insistí.

—Bueno —dijo la Eulogia—, pero aluego hay otras historias del Sombrerón que se me afigura que sí son ciertas.

Yo nomás no tenía tiempo de explicarle a mi comadre Eulogia que los cuentos del Sombrerón

eran eso, cuentos, así que me fui rumbo a la trilla que va a donde sacan leña. Ya iba saliendo del pueblo cuando escucho una voz que dice:

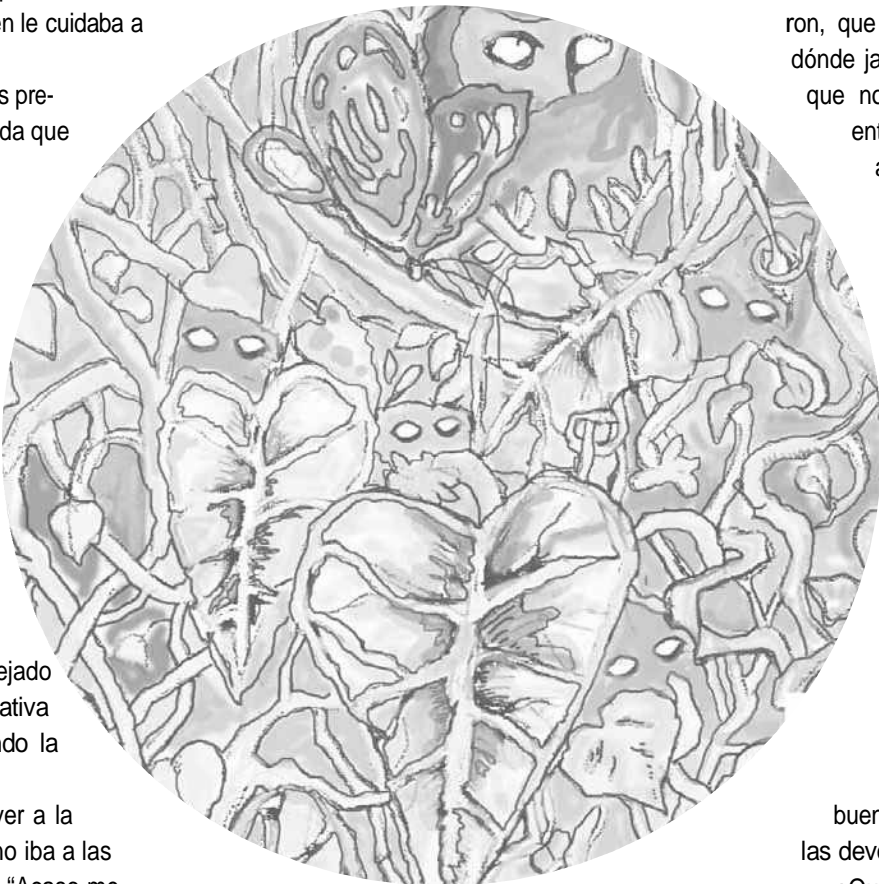
—¡Ese Elías Contreras! —lo volteé a mirar quién me habla y era el Comandante Tacho que iba llegando al pueblo, creo que a dar plática.

—¿Idiay Tacho? —lo saludé.

Yo me iba a quedar a hablar con él del neoliberalismo y de la globalización, de esas cosas, pero me acordé de que sólo tengo tres días para el asunto de la tal finada María y ahí nomás me despedí del Tacho.

—Ya me voy ya —le dije.

—Ah, ¿andas de comisión? —me preguntó.



—Sí —le dije

—Vaya con dios Don Elías —me despedió.

—Vaya usted Don Tacho —le dije y agarré camino.

En llegando al acahual, empecé a llover. Yo no llevaba nylon, así que nomás ahí empecé a decir groserías, que no tapan de la lluvia pero cuando menos algo calientan. Seguí la trilla de la leña por todos lados. Y es que la caminadera de la leña se parte muchas veces, como si fuera la rama de un árbol. Onde quiera anduve y nada me encontré nada pa saber qué había sido de la supuesta finada María. Me arrimé al arroyo y tomé mi pozol sentado en una piedra. Se anocheció entonces. Aunque la luna era una pelota, tuve que usar mi focador para regresar al camino real. Había seguido una picada vieja. "¿Y ora?", me quedé pensando y mirando como baboso las ramas cortadas por el machete... machete... ¡Machete! ¡Eso mero! No había encontrado por ningún lado el machete con el que la pretendida finada María se había ido a cortar leña. Entonces me recordé que en el sitio del Genaro había visto un machete al lado de los tercios de leña que se apilaban

contra la pared de la champa. Había un buen tanto de leña, así que, ¿para qué había ido por más leña la entonces ya no tan finada María si ya tenía como para un buen rato? Se me ocurrió entonces que a la María no la habían desaparecido y que ella misma se había desaparecido. O sea que, como luego decimos acá, se había huido.

Hecho la raya agarré el camino real pa Entre Cerros y, después de un café donde mi comadre Eulogia, me acomodé a dormir en la troje. Acaso pude dormir. Con el chaquiste y la preocupación nomás no entró mi sueño. Cuando no entra mi sueño pienso mucho. La Sara me regaña porque mucho pienso. Yo le digo que ni modos, que así me hicieron. Lo quedé pensando mucho. Que si la María no está finada, que si no la desaparecieron, que si ella se autodesapareció, que si pa dónde jaló, que si se autodesapareció era porque no quería que la aparecieran, que si entonces tal vez estaba donde nadie la apareciera.

Amaneció lloviendo, así que lo empresté un nylon con mi comadre Humberto. Le dejé la mula cargada y me fui para el Caracol de La Realidad. En llegando, lo pedí hablar con la Junta de Buen Gobierno.

Me pasaron primero con la Comisión de Vigilancia. Ahí estaban el Míster y el Brusli. Les dije que andaba de comisión de investigación y lo quería hablar a la Junta de Buen Gobierno. Me pasaron luego. A la Junta le pedí que si tenían información de los colectivos de mujeres en los pueblos. Me pasaron una lista.

Tardé un

buen rato. No me cuadró nada de la lista. Se las devolví.

—¿Qué buscas pues? —me preguntaron.

—No sé —les dije, porque la mera verdad, que sea que yo mero no sabía qué buscaba, pero sabía que lo sabría cuando lo encontrara.

—Tá muy revuelto tu pensamiento —me dijeron los de la Junta.

—De por si —les dije.

—Entonces, ¿no lo encontraste lo que buscas? —me preguntaron.

—Pos no —les respondí.

—Pos en esa lista están todos los colectivos de mujeres —me dijo uno de la Junta.

—Sí, todos... menos uno que apenas se está

formando —dijo otro.

—¡Ah sí!, pero es en una nueva región que apenas se está naciendo, todavía no tienen municipio autónomo, pero ya las mujeres se están organizando en colectivo —dijo el primero.

—Pos sí, de por sí las mujeres son las más primeras en organizarnos, si estamos tardando en la lucha es por los hombres que tienen muy chiquito su pensamiento —dijo la única compañera que hay en la Junta. Los varones nos quedamos callados.

Yo sentí que ya mero encuentro lo que no sé que estoy buscando, así que pregunto:

—¿Onde mero está ese colectivo que se está formando?

—Es en la región Ceiba, en el pueblo Tres Cruces, por allá de la carretera de Comitán —dijo la compañera.

Empresté su yegua con el Brusli y jalé para Tres Cruces. En el camino se anocheció y la yegua se espantaba con cualquier sombra, así que la dejé encargada en una ranchería y me seguí a pata. Ya se estaba acabando el segundo día, así que casi me corretié. Llegué al pueblo cuando la luna ya llevaba más de la mitad de su carrera. Fui donde le responsable local y me presenté. El se fue un rato. Me imagino que a checar por radio si yo era quien decía que era, porque al poco regresó muy contento y hasta me ofreció de cenar. Echamos café y guineo. En acabando le pregunté de los trabajos y él me dijo que ahí nomás iban un poco bien, que el colectivo en veces de desanimaba, pero con la plática política se levantaba otra vuelta y así.

—El que va un poco mejor es el colectivo de mujeres, pero es que mucho le echa ganas Abril —dijo el responsable.

—¿Abril?, y ése quién es? —le pregunté.

—Acaso es un ése, es una ésa —me respondió.

Yo le di otro sorbo al café y esperé. El responsable continuó:

—Abril es una compañera que llegó hace como tres semanas, dijo que era comisión de mujeres. La acomodamos en casa de Doña Lucha, que está sola desde que el Aram se pasó a ser difunto. Ahí se vive esa Abril y yo creo que tiene bueno su pensamiento porque mucho la quieren las mujeres del pueblo. Cada semana se reúnen para la política y los trabajos. Y creo que ya hasta pidieron registrar su colectivo en la Junta de Buen Gobierno.

Me despedí del responsable y le dije que iba a tomar posada en la iglesia. Como no queriendo le pregunté dónde mero vivía Doña Lucha. Me dijo que en la orilla del pueblo que da al cerro. Me fui, pero en lugar de ir a la iglesia, me seguí de largo. Sólo había una champa del lado del cerro, así que supuse que ésa era la casa de Doña Lucha. Quedé un rato esperando. No mucho. Se abrió la puerta y, lo que primero fue una sombra, a la luz de la luna llena se hizo una mujer.

—Buenas noches María —le dije saliendo de

detrás de la pileta de agua.

Ella se quedó como engarrotada. Después de un momento, se agachó para agarrar una piedra y me encaró diciendo:

—Acaso me llamo María, yo me llamo Abril. Yo la miré en silencio, pensando que cualquier otra mujer se hubiera espantado y hubiera gritado o corrido, o las dos cosas. Ella, en cambio, estaba dispuesta a enfrentarse a un desconocido. Una mujer así no se queda callada si algo no le parece. Tampoco se queda a vivir con alguien que la maltrata. Sin dejar de vigilar la mano donde

llevaba la piedra, le hablé despacio:

—Yo me llamo Elías y soy comisión de investigación. Ando viendo qué pasó con una mujer

que se llama María que se desapareció del pueblo Entre Cerros y es que está muy preocupado su marido.

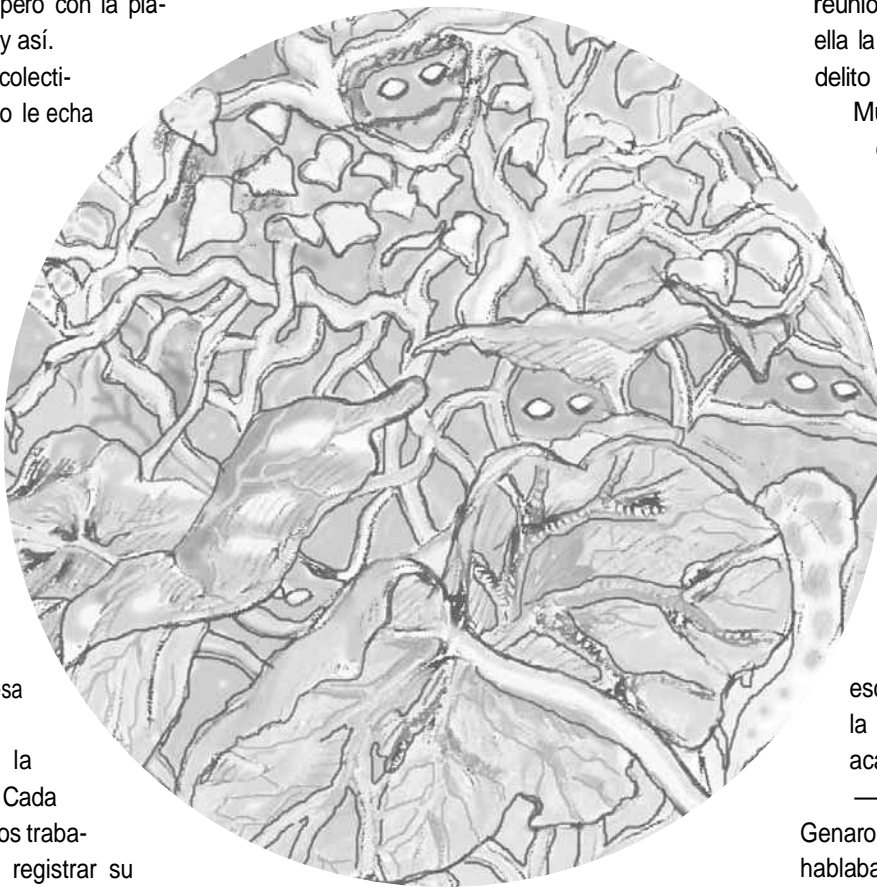
Ella, sin soltar la piedra:

—Acaso conozco el pueblo Entre Cerros, no a la María ésa, ni a su marido Genaro.

Ahí nomás le aventé:

—Yo no dije que el marido se llama Genaro. Yo me imagino que se puso pálida, porque la mera verdad sí alcanzaba a ver su cara, pero no mero me daba cuenta si cambiaba de color. Después de un largo silencio, ella dijo con firmeza, agarrando ahora un palo con la mano libre:

—No me voy a dejar que me lleven a la mala.



—Yo no vengo a llevar a nadie compañera, ni a la buena ni a la mala. Sólo ando investigando —le dije y me di la vuelta para retirarme.

Apenas di unos pasos y escuché su voz:

—¿No quiere pasar a comer algo? Doña Lucha hizo tamales...

Después de comer, mientras María-Abril, o Abril-María me contaba su historia, Doña Lucha me ofreció...

UN CAFÉ

“El Sup te está esperando de por sí”, me dijo el compañero insurgente que estaba en la posta, a la entrada de la Comandancia.

Y sí, ahí nomás donde amarran los caballos estaba el Sup, fumando su pipa. Me abrazó, me ofreció café y nos sentamos en un tronco. Estaba también el Teniente Coronel José. Yo les informé todo. Porque resulta que a la María, que sea a la Abril, el marido, que sea el Genaro, mucho la maltrataba, y no la dejaba participar, y mucho la celaba. Que cuando el Genaro, que sea el marido, supo que la iban a nombrar autoridad en el colectivo de mujeres pues hasta le pegó. Que ella pasó

la problema a la asamblea de su pueblo, pero que no hubo acuerdo y las cosas seguían igual. Que sus hijos ya están grandes y no la necesitan. Que la Ley Revolucionaria de Mujeres dice que ella tiene derecho para avanzar. Que cada tanto, escuchándola hablar, la Doña Lucha movía la cabeza como estando de acuerdo y cerraba los puños como si estuviera muy brava. Que la Abril, que sea la María, se cansó nomás de que la trataran como perro. Que antes de autodesaparecerse le había dejado un buen tanto de leña al Genaro, nomás pa que viera que no se iba por haragana. Que se había autodesaparecido porque nomás ya no aguantaba. Que la Ley Revolucionaria de Mujeres dice que ella puede escoger a su pareja o si tiene o no pareja. Que se fue para Tres Cruces porque ya había conocido en una reunión de mujeres a Doña Lucha y que sabía que ella la iba a apoyar. Que aceptaba que era un su delito el echar mentiras de que era “Comisión de Mujeres”, pero que así se le ocurrió para que la dejaran entrar en el pueblo. Que se cambió de nombre y se puso “Abril”, porque así se llama el mes de las mujeres que luchan. Que yo no le aclaré que el mes de las mujeres que luchan es marzo y no abril, porque estaban muy bravas las dos. Que mejor se los aclarara otro cuando ya estuvieran más calmas. Que Abril aceptaba su castigo por estar mentirando de eso de que era “comisión de mujeres”, pero que no iba a regresar a que la maltrataran. Que ella era zapatista y que se estaba portando como zapatista.

El Sup y el Teniente Coronel me escucharon en silencio, el Sup sólo relle-naba la pipa y la encendía cada tanto. Cuando acabé de informar me dijo:

—Pues es una sorpresa. A ese compa Genaro lo conocí en una reunión de responsables, hablaba bien y parecía muy zapatista.

Yo le dije:

—Oí Sup, ¿acaso conoce a alguien que no pueda ser zapatista por un rato?

El movió la cabeza como pensando.

—¿Cuánto se toma para ser zapatista pues? —me preguntó mientras me ayudaba a ensillar la mula.

—A veces toma más de 500 años —le dije y me apuré a agarrar camino porque mi pueblo de por sí queda retirado.

Arriba el sol se iba como si algo le hiciera...

FALTA

A mordiscos, el cielo arranca la oscuridad que ya florece en las copas de los árboles. Distraído con el vuelo de una nube, el Sup mordisquea la pipa ya apagada.

—En la cuestión de mujeres falta mucho —dice el Teniente Coronel.

—Falta —dice el Sup y mete los papeles del caso en una abultada carpeta que dice: “Elías: Comisión de Investigación”.

Alguien, lejos de ahí, recibe un sobre cerrado cuyo remitente advierte:

Desde las montañas del Sureste Mexicano.
Subcomandante Insurgente Marcos.
México, noviembre del 2004.



MUERTOS INCOMODOS

(falta lo que falta)

NOVELA A CUATRO MANOS

por

SUBCOMANDANTE MARCOS Y PACO IGNACIO TAIBO II

CAPÍTULO II

“VAMOS DEJANDO UN RECUERDO”

Había más antenas o había menos? Había muchas más, se dijo. Muchas más antenas de televisión. ¿Muchas más que cuándo? Que antes, claro. Y dejó que ese “antes” se desvaneciera. Cada vez aparecían más “antes” en su conversación o en las imágenes que le cruzaban por la cabeza, se estaba volviendo un adulto pre-jubilado. Pero, la verdad, lo de las antenas, lo tenía bastante claro. Había muchas más que antes, y no hay duda que formaban la cúpula de una selva. La selva de las antenas de televisión del DF. La selva de antenas y postes de luz y arbotantes, que se enlazaban con árboles, surgían de azoteas, colgaban de tendedores, se izaban sobre palos de escoba, gloriosas, arrogantes. La selva del DF, con todo y sus montañas, los cerros contaminados del Ajusco.

La tarde se estaba desvaneciendo, Belascoarán encendió el último cigarrillo y se dio de tiempo los siete minutos que

había de durarle, para dejar el observatorio. En los últimos meses le gustaba ver la ciudad de México desde arriba. Desde los más altos techos, azoteas, puentes elevados, que podía encontrar. Era menos dañina, más ciudad, de una sola pieza hasta donde la vista abarcara. Le gustaba, le seguía gustando.

Cuando iba por el minuto cinco y medio de su cigarrillo, su compañero de oficina, el tapicero Carlos Vargas, apareció chiflando por la puerta metálica que daba acceso a la azotea. Chiflaba *Volver empezar*, aquella canción que había hecho famosa la orquesta de Glenn Miller, y en el DF los bailes de quince años de los años 60. La silbaba sin desafinar, con notable precisión.

—Jefe, tengo media idea de que estas desapariciones de usted a la azotea se deben a que ha empezado a fumar mota a escondidas. Se ha vuelto pache-co, motorolo, fumarolas.

—Te la vas a pelar y te vas a desengañar —dijo Belascoarán ofreciéndole la casi colilla mordisqueada de su delicado con filtro.

Carlos negó con la cabeza.

—Lo busca un funcionario progresista.

—¿Y esos cómo son?

—Igual que los otros, pero no aceptan mordidas, éste trae la corbata manchada de chocolate y trae a un perro cojo con él.

Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente, acostumbrado a los enigmas absurdos, porque vivía en la ciudad más maravillosamente absurda del planeta, descendió los siete pisos preguntándose qué significaría “un perro cojo” en el críptico lenguaje del tapicero, tan sólo para descubrir que un “perro cojo” era un pinche perro cojo, con la pata delantera derecha entablillada, rostro sufridor y unas orejas que le llegaban al suelo. El perro reposaba dócil y triste a los pies del “funcionario



progresista". Carlos, ignorándolos, se dirigió a su esquina del despacho donde estaba trabajando en las tripas de un sillón de peluchín cuasi rosa.

Belascoarán se dejó caer en su silla y las ruedas se deslizaron elegantemente hasta hacerlo topar con la pared. Miró al funcionario progresista fijamente y alzó las cejas, o más bien alzó una ceja, porque desde que lo habían dejado tuerto tenía problemas de movilidad con la otra.

—¿Usted es un hombre de izquierda? —preguntó el funcionario y quién sabe por qué a Belascoarán no le pareció un arranque inesperado en tiempos como aquellos donde las monjas de la inquisición volvían en sus escobas al conjuro del gobierno del tal Fox, que de zorro no tenía ni los pelos.

Tomó aliento:

—Mi hermano dice que soy de izquierda natural, pero pinchemente inconsciente —respondió Héctor sonriendo—. O sea, como que de izquierda pero sin haber leído a Marx a los 16, sin haber ido a las manifestaciones suficientes y sin tener en mi casa póster del Che Guevara. O sea, pues sí, de izquierda, yo.

El alegato pareció convencer al personaje

—¿Me garantiza que esta conversación será confidencial?

—Si lo sabe Dios, que lo sepa el mundo —respondió Héctor, que no garantizaba nada desde hacía mucho tiempo.

—¿Es usted creyente? —preguntó el progresista desconcertado.

—Un amigo mío dice que dejó la religión católica por dos razones, por culpa de que le parecía una mentada de madre lo de los tesoros del Vaticano en un mundo de pobres y porque no dejan fumar en las iglesias. Supongo que eso se extiende a todas las religiones. Yo me sumo. La idea de Dios me da güeva —remató Héctor muy serio.

Aprovechando el silencio observó al "funcionario progresista", que contra lo que le había informado Carlos Vargas no tenía corbata, aunque sí una mancha de chocolate en la camisa amarilla, una barba medio descuidada y lentes de miope terminal. Era alto, muy alto. Cuando se excitaba movía la cabeza de lado a lado, como negando. Parecía un hombre honesto, eso que su mamá llamaba "una buena persona", refiriéndose siempre a los obreros, los lecheros, los plomeros, los jardineros, los vendedores de lotería. Que Héctor recordara, su mamá nunca había llamado "una buena persona" a ningún burgués, ni grande ni pequeño. Algo debería saberles.

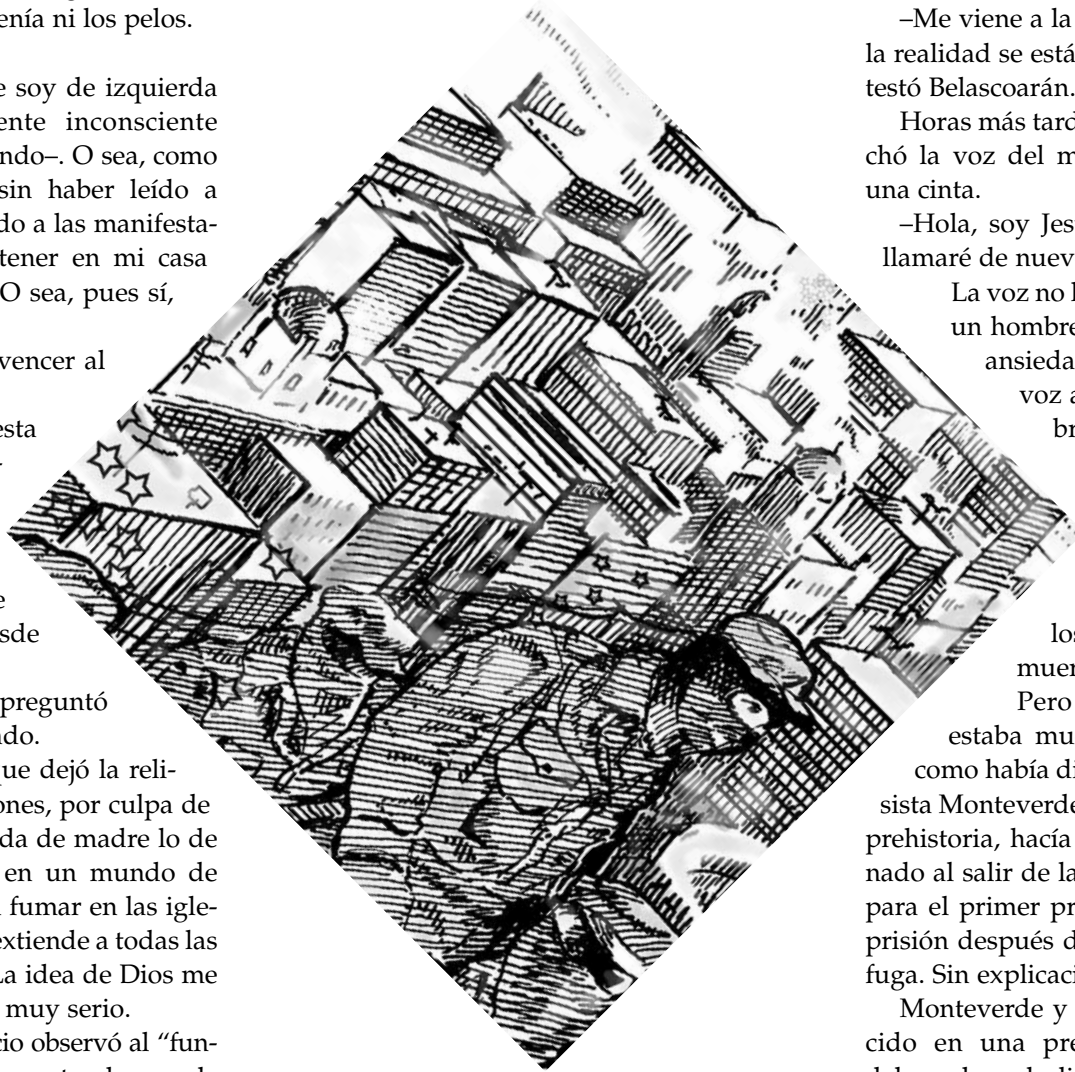
—Me habla un muerto —dijo el hombre rompiendo la revisión de él y de su pasado que estaba haciendo Héctor.

Héctor optó por el silencio. Hacía un par de meses había rentado en un videoclub la serie de Alec Guinness sobre una novela de Le Carré, *El topo*, producida por la BBC, y había contemplado, fascinado durante seis horas

seguidas, como Smiley-Guinness usaba el método de interrogatorio más eficaz del mundo: ponía cara de idiota (si no fuera inglés se atrevería decir que era la mejor cara de penche que había visto en su vida) y miraba fijamente a las personas, lánguido, como sin mucho interés, desinteresado, como haciéndoles el favor, y la gente hablaba, y hablaba, y él sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, soltaba una lacónica pregunta, como quien no quiere la cosa, nomás por no dejar.

El método surtió efecto.

—Llevo una semana escuchando mensajes en el contestador telefónico de un cuate, pero ese cuate murió en 1969. Lo mataron. Y



ahora me habla, me deja recados. Me cuenta historias. Pero no sé qué quiere, bien a bien, no sé qué quiere. Y yo creo que llama cuando sabe que no estoy en casa, para que se quede grabado... A lo mejor es una broma. Pero si es una broma es una broma muy pinche.

Héctor mantuvo su rostro de Alec Guinness.

—Me llamo Héctor —dijo el hombre.

—Yo también —respondió Belascoarán como disculpándose.

—Héctor Monteverde.

—¿Y el muerto?

—El muerto se llama Jesús María Alvarado. Y era a toda madre.

Héctor pasó al silencio.

—¿Usted cuánto cobra?

—Poco —dijo Belascoarán. El tipo pareció darse por satisfecho. El perro también.

—Aquí están las cintas. Total, la oye en cinco minutos, decide y nos vemos luego.

—No tengo contestador en esta oficina. Si me las presta, mañana...

—No, mañana, no, al rato. Aquí le dejo mi dirección —dijo Monteverde tendiéndole un papelito que tenía ya preparado. Y aquí hay unas notas que preparé sobre cómo conocí al muerto. Estaré en mi casa... Yo no duermo.

—Yo tampoco —dijo Héctor.

Y vio cómo el homónimo Monteverde se ponía en pie, y seguido por su perro cojo dejaba la oficina.

—¡Qué pinche historia! —dijo Carlos Vargas con la boca llena de tachuelas y sacudiendo su pinche martillo sobre el sillón rosa.

—Me viene a la cabeza la frase esa de que la realidad se está poniendo muy rara —contestó Belascoarán.

Horas más tarde, en su casa, Héctor escuchó la voz del muerto que hablaba desde una cinta.

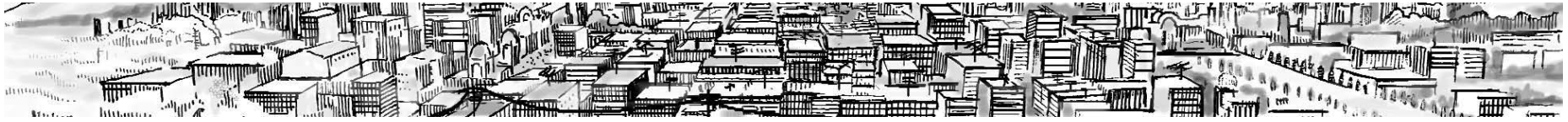
—Hola, soy Jesús María Alvarado. Ya te llamaré de nuevo, mano.

La voz no le resultaba familiar, era de un hombre ronco y no parecía haber ansiedad, premura, nada, en esa voz afónica que decía un nombre. Desde luego no era cavernosa ni le habían medido efectos especiales, no pretendía ser la voz de un muerto.

¿Cómo eran las voces de los muertos? Hablar con los muertos...

Pero Jesús María Alvarado estaba muerto, aunque no en el 69 como había dicho el funcionario progresista Monteverde, sino en el 71. O sea, pura prehistoria, hacía 34 años. Lo habían asesinado al salir de la cárcel. Un tiro en la nuca para el primer preso político que dejaba la prisión después del movimiento de 68. Ley fuga. Sin explicaciones oficiales.

Monteverde y Alvarado se habían conocido en una preparatoria donde ambos daban clase de literatura. Conocido brevemente, de lejos. Un par de cafés juntos, un par de reuniones del colegio de profesores. Las asambleas del 68, la creación de la Coalición de maestros en apoyo al movimiento estudiantil. Monteverde era despistado, enamorado, tímido, hijo de un empresario de pompas fúnebres que había hecho su fortuna con el lujo de la muerte, cosa que a Héctor Monteverde (siempre según las notas que estaban inteligentemente redactadas) le parecía no sólo amoral, sino vergonzosa y ocultable en el año del movimiento. La literatura universal era por tanto el antídoto a las agencias funerarias. Alvarado era un hijo de campesinos poblanos que había llegado a la literatura por inexplicables razones de patriotismo, a fuerza de recitar la *Suave Patria* y aprenderse versos de Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y Sor Juana para recitarlos en su pueblo. Eternamente miserable, llegaba a fin de mes sin dinero



para lavarse la ropa, con deudas en la tienda de la esquina y enfurecido.

Por lo visto, Héctor Monteverde, en aquellos años mágicos y terribles, siguió a la distancia la historia de Alvarado y sus huellas, hasta el asesinato del hombre.

Héctor dijo que había que pensarse el asunto con calma, dejó de lado la contestadora, las notas y el jugo de durazno que se estaba tomando, y subió a la azotea de su casa con el paquete de cartas que había encontrado en el buzón. Con toda paciencia se dedicó a fabricar avioncitos de papel, que iba colocando en el pretil del cuarto piso. Abajo el nuevo bullicio de la colonia Condessa, los motociclistas, los adolescentes jolgoriosos.

Soplaba poco viento, pero de vez en cuando los avioncitos de papel lograban despegar y flotaban haciendo giros maravillosos, escapándose uno de vez en cuando en la brisa. Cuando se le acabaron regresó a su cuarto. Había dejado todas las luces encendidas, el mejor antídoto contra la soledad, convertir tu casa en un pinche árbol navideño. Rebobinó la cinta del contestador. Lo que había oído era lo que había oído, la voz dijo de nuevo:

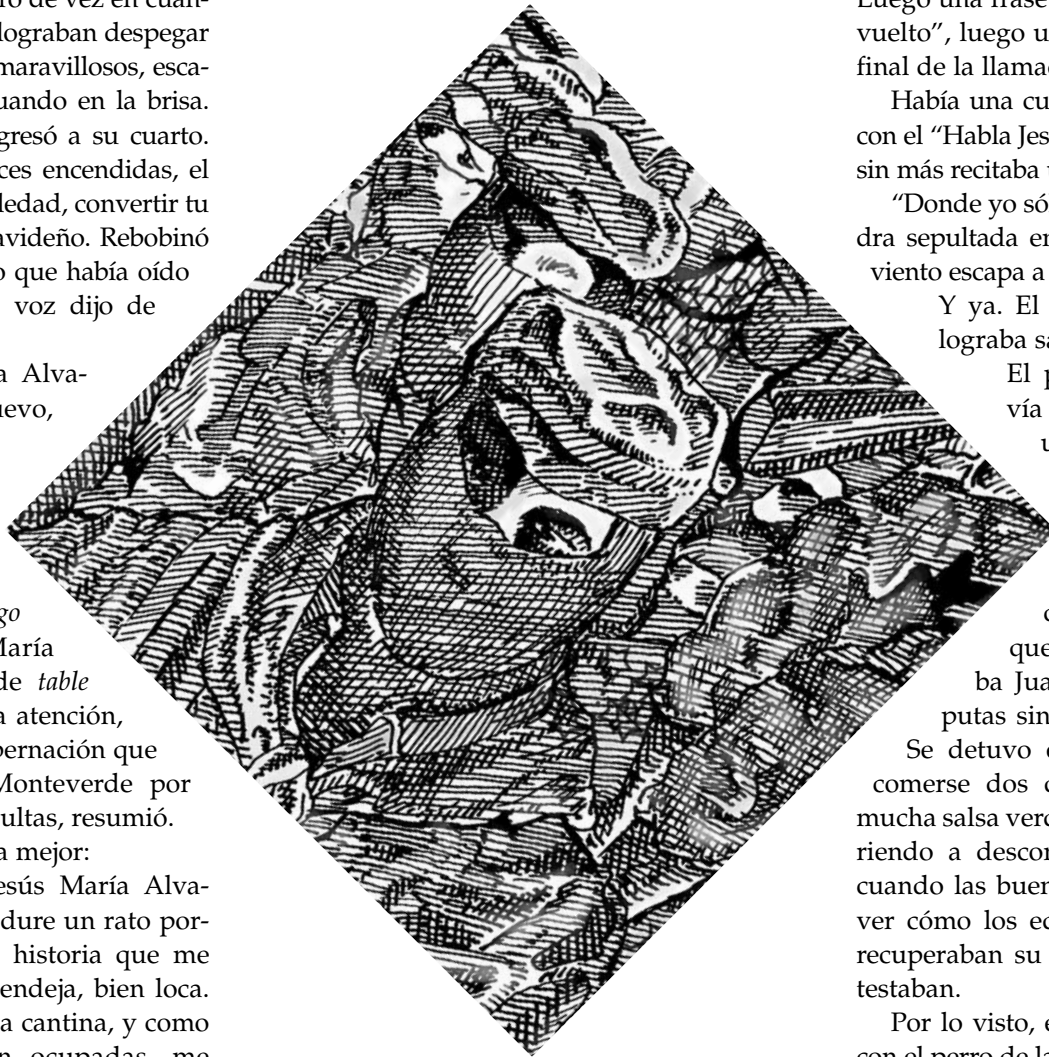
—Oye, soy Jesús María Alvarado. Ya te llamaré de nuevo, mano.

Otro Jesús María Alvarado, el hijo de Jesús María Alvarado, el fantasma de Jesús María Alvarado, el *alter ego* homónimo de Jesús María Alvarado, un bailarina de *table dance* que quería llamar la atención, los de la Secretaría de Gobernación que querían volver loco a Monteverde por quién sabe qué razones ocultas, resumió.

La segunda llamada era mejor:

“Mira, mano, habla Jesús María Alvarado. Espero que tu cinta dure un rato porque te voy a contar una historia que me pasó. Una historia bien pendeja, bien loca. Estaba yo en Juárez en una cantina, y como todas las mesas estaban ocupadas, me quedé parado tomándome una cerveza frente a la pinche tele. Había un ruido cabrón y no oía nada, pero ahí estaba el Bin Laden con cara de palo en uno de esos comunicados que manda a través de la tele; a mí ese güey me caga y no estaba haciendo mucho caso, pero entonces, atrás de mí, unos cuates gritaban, algo así como: “¡El Juancho, el Pinche Juancho!” Volteé la cabeza para ver qué pedo con el pinchejuancho. Y vi a dos cabrones musculosos y medio pedos que seguían con la letanía: ¡El Juancho, el pinche Juancho!, mientras señalaban a la tele. Giré la cabeza para checar que no estaba en el error, como uno acostumbra, y seguía el Bin Laden muy mono con una metra en la mano y el turbantón y la cara de menso. Giré de nuevo para ver a los promotores del Juancho y me les encaré. ¿Qué pedo con el Juancho?, les digo, y ahí, medio tartajas por el chupe, me dicen que ese es su cuate el Juancho, ese mero, que mira nomás de qué

se disfrazó el muy puto. Y medio que averiguo que Juancho era un amigo de éstos, taquero allí en Juárez, que se cansó de la mala vida y hacía unos tres años se fue de mojado para poner una carnicería en Burbank, California. Y yo no salía del sacón de onda y volteé a la tele y sí, allí estaba el pinche Bin Laden, y cuando giré la cabeza para preguntarle al par de beodos si sabían más sobre Juancho y si seguro que era él y qué a qué horas Juancho se había dejado barbita de chivo, los dos pinchurrientos briagos se habían hecho ojo de hormiga. Y por más que los busqué dentro de la cantina y hasta la salida, ya no los pude hallar. Y me dije: qué pinche casualidad, el *alter ego* de



Bin Laden es un taquero de Juárez. Pero luego se me juntan los cables y me digo: Alvarado, ¿qué sabes de Burbank? Y resulta que algo sé, porque Burbank es la capital del cine porno de Estados Unidos, un pueblucho cerca de Los Ángeles, moteles y empresas triple x, coge y coge, filma y filma, viva el capitalismo salvaje. Y junto todo y me digo: ‘¿A poco estos culeros de Bush y sus amigos están haciendo los comunicados de Bin Laden, los mensajes del demonio, en un estudio porno en Burbank, California, que hasta desierto tienen por allí? ¿A poco todo es un montaje, una fábrica de sueños de mierda, con un ex taquero mexicano llamado Juancho de personaje central? Yo, de verdad, no me lo tragaba’, me decía: ‘¿cómo vas creer?’ Pero, ¿a poco no es bonita la historia?”

Héctor apagó la contestadora telefónica. Fue al baño, se miró en el espejo y se lavó la

cara con agua fría. Como todas las gentes que viven solas, solía hablar con su propia imagen reflejada, pero ahora no se le ocurrió nada que decir. Lo pensó de nuevo y comenzó a reírse a carcajadas. Kafka en calzoncillos en Xochimilco. Bin Laden Juancho en Burbank. Claro, en los ratos libres que le dejaban los comunicados, como decía Alvarado, Juancho se dedicaba a coger y dejarse filmar. Las mil y una noches en versión taquería de Ciudad Juárez, cachondos pero simpáticos, el pito más menso de la frontera.

La tercera cinta empezaba como siempre:

“Habla Jesús María Alvarado”, como si se tratara una y otra vez de dejar en claro que el muerto había vuelto del valle de las sombras. Tras el nombre seguía una pausa. Luego una frase críptica: “Mejor no hubiera vuelto”, luego un largo silencio y el clic del final de la llamada.

Había una cuarta llamada que empezaba con el “Habla Jesús María Alvarado”, y luego sin más recitaba unos versos:

“Donde yo sólo sea/ memoria de una piedra sepultada entre ortigas/sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.”

Y ya. El poema le sonaba, pero no lograba saber de quién o de dónde.

El progresista Monteverde vivía en la colonia Roma Sur, a una docena de cuadras de su casa, de tal manera que Héctor Belascoarán se fue dando un paseo, caminando por el camellón de Alfonso Reyes, que era mejor cuando se llamaba Juanacatlán y estaba lleno de putas sindicalizadas o intentándolo.

Se detuvo en una de las taquerías a comerse dos de arrachera con queso y mucha salsa verde, y prosiguió el paseo sonriendo a desconocidos, dando de vez en cuando las buenas noches por el placer de ver cómo los educados mexicanos del DF recuperaban su educación básica y le contestaban.

Por lo visto, el personaje vivía solo. Solo con el perro de la pata entablillada que cuando Belascoarán cruzó la puerta se acercó a lamerle la mano en signo de reconocimiento, de identidad o simplemente de solidaridad entre cojos. No había signos de niños en la casa, no había fotografías, sólo en las paredes reproducciones de cuadros de montañas y volcanes, desde un Velasco, hasta el Paricutín de Atl, pasando por fotos muy buenas del Everest a lo *National Geographic*.

Monteverde tenía la misma camisa con mancha de chocolate de unas horas antes. Héctor le pidió permiso para pasar al baño. Estaba reluciente, brillaba. Monteverde en sus ratos libres debería ser un fanático del detergente y el limpiavidrios. Un toque de sentido del humor incongruente en tanta sobriedad higiénica lo conmovió: un póster sobre una de las paredes decía: “El estreñimiento promueve la lectura”. Decidió poner uno así en su casa. La idea no era nueva, y no era su caso, pero constituía una justificación más para leer sentado en el retrete.



El pasillo estaba lleno de libros en el suelo, a falta de libreros los habían acomodado de canto apoyados contra la pared, de manera que con tan sólo agacharse, podía uno escoger. Reconoció muchas de sus propias lecturas: Remarque, Fast, Haefs, Ross Thomas, Neruda, Hemingway, Cortázar completito.

—¿A poco no está rarísimo tocayo?

Sin responder, Belascoarán llegó a la conclusión de que tenía que posponer el método Alec Guinness. Era el momento de las preguntas. Se dejó caer en un sillón gris rata y sin esperar a que Monteverde hiciera lo mismo soltó:

—¿Reconoce la voz?

—No, pues vaya usted a saber. Han pasado tantos años.

—¿Eran ustedes muy amigos? Tan amigos como para que si estuviera vivo...

—Yo fui al velorio, está muerto. Lo vi muerto en el ataúd, con un parche que le asomaba de la parte de atrás de la cabeza, en donde le dieron el tiro —interrumpió Monteverde.

—¿Y eran muy amigos?

—Pues amigos. Él era muy aventado para todo, yo era más tímido, pero ahí andábamos en el movimiento y dábamos clases de literatura en las prepas y tuvimos una novia a medias, primero él y luego yo, y comíamos comida corrida en la calle, de la más barata.

Lo de dar clase de literatura en las prepas le recordó a Belascoarán el poema:

—Donde yo sólo sea/memoria de una piedra sepultada entre ortigas/ sobre la cual el viento escapa a sus insomnios...

—Donde habite el olvido/ en los vastos jardines sin aurora/ donde yo sólo sea... —dijo Monteverde.

—Claro, Cernuda, *Donde habite el olvido*, me sonaba, pero no lograba... —dijo Belascoarán palmeando, aplaudiendo a su memoria recuperada.

—Maravilloso poema —dijo Monteverde, y remató: —Donde penas y dichas no sean más que nombres,/cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;/donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo; disuelto en niebla, ausencia/ausencia leve como carne de niño.

—Allá, allá lejos;/ donde habite el olvido —remataron a coro.

Mucho poema, de esos que te agarraban de los huevos y apretaban suavemente hasta que el dolor iba convirtiéndose en una idea. Mucho poeta el viejo español exilado en México. Héctor encendió un cigarrillo, aprovechó la pausa para ordenar sus ideas, el perro que debería ser un antitabaquista de mucho cuidado se alejó del humo cojeando.

—Eso me asustó más que los otros mensajes, era el poema favorito de Jesús María, a cada rato se lo recitaba a sus alumnos, yo empecé a hacerlo por su culpa.

Héctor encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior, el perro ya ni protestó.

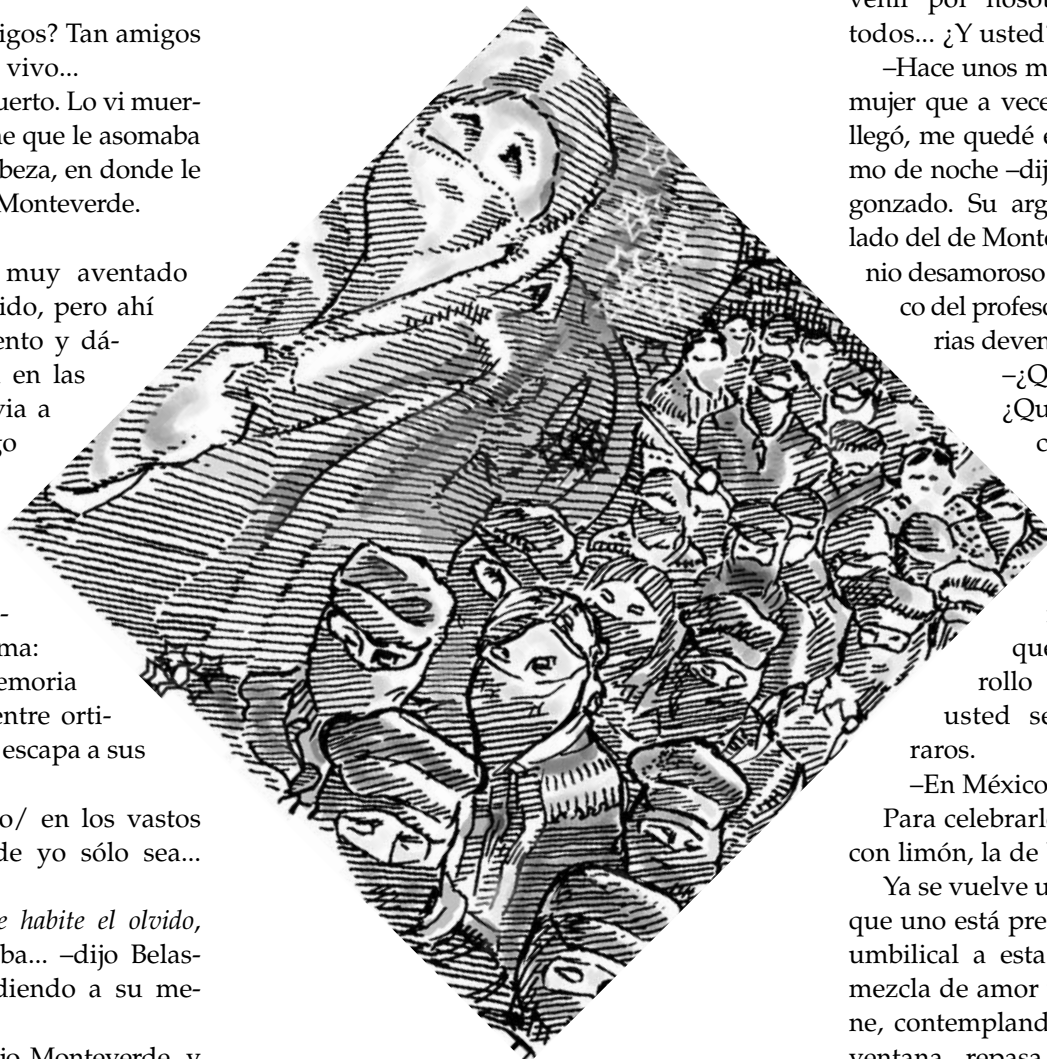
—¿Por qué Alvarado, el fantasma de Alvarado o alguien que se quiere hacer pasar

por él le enviaría estos mensajes? ¿Quién es usted, Monteverde? ¿Qué hace en la vida?

—Trabajo en el Gobierno del DF, soy investigador especial de la Contraloría. Un trabajo medio delicado y más en estos tiempos, por eso me mosqueé. Si no, hubiera pensado que era una broma. Pero sabe, últimamente las cosas están tan turbias...

—¿Y en qué está trabajando ahora?

—Lo siento, es confidencial y además parece que no tiene que ver con esto de las llamadas del muerto. Parezco policía chino —remató Monteverde sonriendo —¿Verdad? Pero es que es delicado, con tanta pinche corrupción que había de la época priísta y que esos culeros nos heredaron...



—¿Y usted no es corrupto? Perdón que se lo pregunte, pero como no nos conocemos.

Monteverde produjo una sonrisa triste.

—Nomás se puede comprar a quién se pone a la venta. Yo soy de acero, amigo, inoxidable, incorruptible, un poco pendejo y muy de izquierda. Yo no insulto a mis muertos.

La mirada tristonza se le fue transmutando y echaba una que otra chispita por los ojos. Hasta el perro se animó y levantó la cabeza.

—¿Y usted se pone a la venta? —le preguntó al detective.

—Para los días que vamos a vivir, amigo, no me gustaría despertar con un güey que huele a podrido todos los días. Nomás que yo si me oxido, aunque no me pando —respondió Belascoarán tocándose la pierna donde tenía un clavo de acero que hacía danzar a todos los detectores de metal de los aeropuertos.

—¿A quién le ha contado esta historia?

—A Tobías —dijo Monteverde señalando al perro.

—Y esa historia de Bin Laden, ¿usted se la cree?

—No, pero está pocamadre. Me hubiera gustado contarla a mí.

Belascoarán volvió al Alec Guinness silencioso, pero esta vez no produjo efecto, Monteverde se quedó pensando en algo que estaba lejos, muy lejos.

—¿Y usted, a qué hora se volvió insomne? —preguntó finalmente el detective.

—Cuando perdimos las elecciones del 88, el día en que se cayó el sistema, cuando el fraude electoral. No sé por qué me dio en la cabeza la idea de que en la noche iban a venir por nosotros, nos iban a matar a todos... ¿Y usted?

—Hace unos meses, una noche en la que la mujer que a veces iba a dormir conmigo no llegó, me quedé esperando y ahora no duermo de noche —dijo el detective un poco avergonzado. Su argumento resultaba pobre al lado del de Monteverde, poco valía su insomnio desamoroso al lado del insomnio histórico del profesor de literatura de preparatorias devenido funcionario progresista.

—¿Quién le dio mi dirección? ¿Quién le sugirió que hablara conmigo?

—En la oficina de Cuauhtémoc Cárdenas trabaja un cuate que tenemos en común. Mario Marrufo Larrea. Le dije que me estaba pasando un rollo muy raro y me dijo que usted se especializaba en rollos raros.

—En México no soy el único.

Para celebrarlo se tomaron dos cocacolas con limón, la de Belascoarán sin hielo.

Ya se vuelve un lugar común eso de decir que uno está prendido como por un cordón umbilical a esta ciudad, atrapado en una mezcla de amor y odio. Belascoarán insomne, contemplando la noche de neón por la ventana, repasa sus propias palabras. Se siente el último de los mohicanos. Constata, confirma: No hay odio. Sólo una enorme, una infinita sensación de amor por la ciudad mutante en la que habita y lo habita, sueña y lo sueña. Una voluntad de amor que más que definirse en la rabia, la posesión o el sexo, se desliza a la ternura. Deben ser las manifestaciones, el color dorado de la luz en el Zócalo, los tenderetes de libros, los tacos de carnitas, los ríos de solidaridad profunda, los amigos del taller mecánico de enfrente que lo saludan al paso. Será esa maravillosa luna de invierno. Será.

Héctor se sentó a fumar en un sillón. Pasó la noche fumando y escuchando los ruidos de la calle. Sin saber por qué, le vino a la imagen el rostro del perro cojo de Héctor Monteverde. Al amanecer, se quedó dormido.

Desde la Ciudad de México.
Paco Ignacio Taibo II.
México, diciembre del 2004.